

Palabras Preliminares

Un escritor que disfrutamos citar, como quien da una buena noticia, es el checo Milan Kundera, autor de varias novelas entre las que se destaca la conmovedora *La insoportable levedad del ser*. En 2009, Kundera publicó una colección de ensayos diversos reunidos en un libro titulado *Un encuentro*; en los que reflexiona sobre música, pintura y —no podía ser de otro modo— literatura. Nosotros quisiéramos rescatar, por su pertinencia, lo que anotó brevísimamente en uno de ellos, como una forma de invitación y bienvenida a nuestros lectores.

Dice Kundera en su ensayo *La novela y la procreación*:

«Mientras releía *Cien años de soledad*, se me ocurrió una extraña idea: los protagonistas de las grandes novelas no tienen hijos. Apenas un uno por ciento de la población no tiene hijos, pero al menos un cincuenta por ciento de los grandes personajes novelescos salen de la novela sin haberse reproducido. Ni Pantagruel, ni Panurgo, ni Don Quijote tuvieron descendencia. Ni Valmont, ni la marquesa de *Merteuil*, ni la virtuosa presidenta de *Las amistades peligrosas*. Ni Tom Jones, el más célebre personaje de *Fielding*. Ni Werther. Todos los protagonistas de Stendhal carecen de hijos, al igual que muchos de los de Balzac y de Dostoievski; y en el siglo que acaba de terminar Marcel, el narrador de *En busca del tiempo perdido* y, por supuesto, todos los grandes personajes de *Musil*, Ulrich, su hermana Agata, Walter, su mujer Clarisa y Diotima; y Svejik; y los protagonistas de *Kafka*, con la excepción del joven Karl Rossman, que le hizo un hijo a la sirvienta, aunque precisamente por eso, para borrar al niño de su vida, huye a América y puede nacer la novela. Esta infertilidad no se debe a una intención consciente de los novelistas; a la procreación le repugna el espíritu del arte de la novela (o el subconsciente de este arte)».

En este ensayo Milan Kundera nos recuerda que la primicia, el nudo y el objetivo de la novela, de las grandes novelas, es el individuo. Bien nos dice que:

«Lejos de la novela, en nuestra vida real, poco sabemos de nuestros padres tal como eran antes de que nacióramos; apenas conocemos fragmentariamente a nuestros parientes cercanos; les vemos llegar y partir; en cuanto desaparecen son reemplazados por otros: conforman un largo desfile de seres reemplazables. Sólo la novela aísla a un individuo, ilumina toda su

biografía, sus ideas, sus sentimientos, lo vuelve irremplazable: lo convierte en el centro de todo».

La hermosa, real y cotidiana vida en la que nos desenvolvemos nos confirma, de un modo u otro, que sabemos que no somos el centro de todo. Cada mañana se verifica una revolución copernicana que opera sobre nuestro ser; continuamente renovamos el descubrimiento de que apenas si somos un eslabón de una prolongada, ramificada e intrincada cadena,

«es lo que oímos desde nuestro nacimiento: tu vida continuará en tus hijos; tus hijos son tu inmortalidad. Pero si mi historia puede seguir más allá de mi propia vida, quiere decir que mi vida no es una entidad independiente; quiere decir que está inacabada; quiere decir que algo hay muy concreto y terrenal en lo que el individuo se funde, consiente en fundirse, consiente en ser olvidado: familia, descendencia, tribu, nación». Milan Kundera¹

¿Y por qué consentimos en fundirnos en esa serie que nos precedió y nos continuará? ¿Por qué concebimos con entusiasmo hijos que sólo nos fijarán en el recuerdo de un fragmento de nuestras vidas y que concebirán a nuestros nietos, quienes nos recordarán aún menos, siempre allí, en un trazo cada vez más fugaz de nuestra biografía? ¿Por qué no nos preocupa que finalmente nuestros bisnietos, y con ellos el mundo todo, nada sabrán de nosotros?

Pensamos que hay un mandato inapelable secretamente escrito en nuestro cuerpo y que vivir no es otra cosa que obedecer ese mandato. Pensamos que todo comenzó —digamos— con una cantidad pequeñísima, apenas imaginable, de materia que entre tantas configuraciones posibles dio con una por la que adquirió una capacidad novedosa: pudo generar un duplicado de su propia forma a partir de la materia que la rodeaba. Y esa reproducción hizo uso, a su vez, de esa capacidad, y así fueron surgiendo más y más copias. Y esa diminuta cantidad de materia, esa molécula, en algún momento se encontró rodeada por una membrana que la separó del entorno, y así protegida de las vicisitudes del ambiente, de algún modo logró la capacidad ya no sólo de replicarse, sino también de replicar ese modelo protector. Y también llegó la hora en que surgió una nueva envoltura que la protegía dentro de esa célula primitiva; y esas moléculas que podían hacer copias de sí dentro de un núcleo, siguieron encontrando la forma de generar copias de toda la estructura: copias de la célula con su núcleo y con su material genético dentro de él. El mantenimiento de esas estructuras y su posibilidad de replicarse es lo que se llama vida.

Todo esto necesitó de un tiempo tan largo que ciertamente desafía nuestra capacidad para imaginarlo. Y pasado otro período igualmente inimaginable de tiempo, las células comenzaron a funcionar en conjuntos, comenzaron a trabajar de a muchas, conformando todo lo que vemos

¹ Milan Kundera, del libro *Un encuentro*.

con vida y aún muchísimas otras vidas que nuestros ojos no alcanzan a ver.

Y siempre se mantuvo en vigor el mandato. Esas moléculas, encerradas en esa fortaleza que es el núcleo celular, protegidas a su vez por ese muro absoluto que es la membrana de la célula, encontraron la forma de hacer que las células trabajen juntas en un ser vivo —por ejemplo el hombre— y que ese hombre, como un todo, obedezca ese mandato.

Algún libro encontró una forma muy bella de expresar ese mandato: «Creced y multiplicaos». Y ese mandato no solo modeló nuestros cuerpos y sus conductas, también se trasladó a nuestra cultura: hemos creado civilizaciones regidas por leyes que en el fondo no hacen otra cosa que cuidar la vida, es decir, obedecer el mandato de esas moléculas que hace eternidades aprendieron a replicarse.

Esa materia organizada que nos empuja a multiplicarnos ha logrado en nosotros, los seres humanos, su cota más alta hasta ahora, ha logrado seres con conciencia de sí mismos. Y no podemos dejar de destacar que, en este contexto, la autoconciencia no deja de ser funcional al mandato de nuestros genes. Dado que podemos reflexionar sobre nuestra naturaleza, finalmente somos conscientes de que la vida no pone su acento en las individualidades, descubrimos que aunque el arte se construya poniendo en primer plano al individuo, nuestro aporte en la historia de la vida es fugaz. Esto, de algún modo, Milan Kundera nos lo recuerda cuando anota:

«Quiere decir que el individuo, como *fundamento de todo*, es una ilusión, una apuesta, el sueño de algunos siglos europeos». Y luego agrega «Con Cien años de soledad, el arte de la novela parece salir de ese sueño; el centro de atención ya no es un individuo sino un desfile de individuos; son todos originales, inimitables, y no obstante cada uno de ellos no es más que la luz fugaz de un rayo de sol en las aguas de un río; cada uno de ellos lleva en sí su olvido futuro, y todos y cada uno son conscientes de ello; ninguno permanece en la escena de la novela de principio a fin...».

En eso estamos, fundiéndonos en esa serie que nos precedió y nos continuará. Cotidianamente nos encontramos con personas que, no pudiendo engendrar hijos —ya sea de un modo ostensible o de un modo más lateral o velado— acusan ese faltante, esa sensación de intrascendencia que no logra mitigarse con otros desarrollos personales de su vida; de ahí que la infertilidad implica un padecimiento real. De ahí que se la considere una enfermedad.

Y es por eso que dedicamos este libro a todos aquellos que se reconocen fugaces reflejos de un rayo de sol en las aguas de un río, y sobre todo a aquellos que, a pesar de querer cumplir con el mandato secretamente escrito en sus cuerpos, alguna circunstancia les está impidiendo llevarlo a cabo y les roba un poco de la felicidad que merecen.